

Lectio inauguralis

Santiago, 30 de mayo de 2023

CAUSAS ANTROPOLÓGICAS E HISTÓRICAS DE LA FALTA DE LA JUSTA MEDIDA

Estimados y estimadas estudiantes, colegas y autoridades presentes, muy buenos días.

Quisiera iniciar diciéndoles que lo que voy a compartir con ustedes no es resultado de una específica y larga investigación sobre el tema de la justa medida. Lo que comparto son reflexiones a partir de lecturas realizadas, principalmente a partir del libro *O pescador ambicioso e o peixe encantado, a busca pela justa medida*, de Leonardo Boff. Lo hago con el modesto propósito de quizás suscitar más reflexiones e inspirar nuevas experiencias pautadas en la justa medida.

La justa medida es algo presente en todas las culturas. En todas las religiones y en todos los caminos espirituales existe la famosa ley áurea: no hagas al otro lo que no quieres que te hagan a ti. O lo contrario: haz al otro el bien que quieres que te hagan a ti. Podemos decir que la justa medida también es una ley áurea. En el gran templo de Apolo en Delfos en el frontón estaba escrito *Μηδὲν ἄγαν* (nada en exceso). Al ingreso de los templos latinos también estaba escrito *ne quid nimis* (nada de exceso). Por tanto, en todos los caminos éticos siempre se acentúa esto: busca la justa medida, la moderación, el equilibrio en todas las cosas que haces, piensas y se relacionas (Boff, 2022).

No obstante esta constatación, el exceso es una de las características de la cultura actual. Hoy día, para todos los lados que miramos encontramos exceso y desequilibrio, es decir, de falta de justa medida. Si hay algo que falta a la cultura actual es justamente la justa medida. La violamos sistemáticamente.

El mundo como está

Las tantas crisis por las cuales pasa el mundo actual son en parte por la falta de la justa medida. Algunas de estas crisis colocan en riesgo la existencia humana sobre la tierra. Noam Chomsky, quizás uno de los mayores intelectuales vivos, dice que vivimos en una época temible, en la que la sobrevivencia, literalmente, está en juego. Chomsky, apunta a tres grandes crisis actuales que colocan en riesgo la sobrevivencia humana: la amenaza de la guerra nuclear, la destrucción del medioambiente y la deterioración del discurso racional. Nos preguntamos si es racional poner la ciencia y la tecnología en proyectos que podrían provocar la aniquilación de los seres humanos (Chomsky, 2017; Chomsky y Pollin, 2019). ¿Es irracional continuar con los proyectos nucleares y las actitudes y acciones de destrucción ambiental?

Como generalmente son datos conocidos, quisiera rápidamente invitarlos a mirar algunos datos que denotan la falta de justa medida en el ámbito social y ambiental. Como soy brasileño, comienzo hablando de “mi casa”. En Brasil, 6 billonarios tienen más riqueza que 100 millones de brasileños. El 10% de la población brasileña, es decir, 24 mil personas, poseen 75% de toda la riqueza. No tengo los datos de otros países latinoamericanos, pero pienso que la realidad no es tan distinta. Si miramos los datos en

escala global la desigualdad es aún más escandalosa. 8 personas poseen más riquezas que la mitad de la población mundial, es decir, de más de 4 billones de personas (Boff, 2022).

La profunda desigualdad social que viven nuestras sociedades es fruto de la violación sistemática de la justa medida. Esto significa injusticia. Para quien tiene una dimensión religiosa y cristiana esto es un pecado, ofensa a Dios y a los hijos e hijas de Dios.

Miramos ahora otra crisis del mundo actual: la destrucción ambiental. Hace algunos años que los científicos medioambientales han advertido sobre lo que ellos llaman emergencia climática. En los últimos años, muchos otros científicos se han adherido a la causa, mientras el mundo sufre desastres ambientales, intensificados por el calentamiento de la atmósfera. Los medios de comunicación nos informan casi diariamente de los desastres causados por los cambios climáticos (lluvias, sequías, olas de calor, tornados). Estos efectos extremos son consecuencias del comportamiento humano, es decir, de la falta de justa medida en relación con la naturaleza.

Ejemplos de la relación desequilibrada entre ser humano y naturaleza los podemos ver casi por todos los lados y lugares, pero un ejemplo preocupante es lo que está pasando en la Amazonia. La flora amazónica, su biodiversidad y los pueblos originarios continúan siendo gradualmente agredidos y destruidos por la codicia humana. ¿Qué será de la Amazonia? Dicen que, hace 20 mil años, el Sahara (norte de África) – que es el mayor desierto del mundo y que crece a cada año un kilómetro y medio – era como la Amazonía con árboles inmensos. Y, de hecho, el desierto del Sahara está geográficamente a la altura de la Amazonía. Hubo un pequeño desvío del sistema terrestre y la tierra se movió levemente hacia la izquierda, los rayos solares cayeron de manera diferente, los climas cambiaron y de la inmensa floresta surgió el desierto del Sahara. Este desierto es en parte fruto del cambio del clima y en parte de la acción humana (Boff, 2022). Repito la pregunta: ¿Qué será de la Amazonía en el futuro? ¿Será un desierto?

Se estima que la flora amazónica es fundamental para el equilibrio de los climas, no obstante, por la codicia humana está siendo destruida. Se calcula que hay unos 600 billones de árboles en la Amazonía. En un día de sol en la Amazonía, un árbol grande llega a producir mil litros de agua a través de su transpiración. Es el sudor de la flora. Si consideramos toda la Amazonía, llegamos a 20 billones de toneladas de agua, esto en un día. Es un río de vapor, un río invisible, un río volante que sale de la flora y se dirige a la atmósfera. Podemos decir que la flora amazónica es una poderosa y viva productora de servicios ambientales, a costo cero (Boff, 2022).

¿Ante lo que hemos dicho, nos preguntamos cómo hemos llegado al desequilibrio y a los excesos actuales? Es posible identificar dos constantes para esto, es decir, causas antropológicas, que no dependen directamente de nosotros, pero que vienen de dentro de nosotros y si no las cuidamos pueden producir efectos dañinos, y causas históricas, que son producidas por los seres humanos (Boff, 2022).

Causas antropológicas de la falta de justa medida

Existen por lo menos tres datos de la condición humana concreta subyacentes a la crisis de nuestro mundo. La primera es que el ser humano es carente y biológicamente insuficiente. Nacemos con una carencia e insuficiencia biológica fundamental. Al

contrario de los animales que poseen un órgano especializado que les garantiza la subsistencia, el ser humano está desprovisto de cualquier órgano especializado; no tenemos ninguna habilidad específica del ser humano. Por un lado, esto tiene una ventaja, pues tenemos la libertad y podemos crear nuestro hábitat, crear habilidades, completar lo que nos falta en nuestros cuerpos. Por otro lado, esto puede ser una desventaja, pues podemos estar expuestos a muchas cosas (Boff, 2022).

El ser humano necesita trabajar, interviniendo en la naturaleza para extraer de ella todo lo que necesita para vivir. Por causa de esta carencia e insuficiencia, el ser humano empieza lentamente a relacionarse con la naturaleza, que va de la simple y armoniosa interacción de nuestros ancestros hasta la perversa y criminal destrucción de los contemporáneos, como veremos enseguida. La carencia y la insuficiencia pueden llevarlo al instinto de acumulación. Ya que le falta, acumula para no pasar necesidad. Es una limitación del ser humano. Por tanto, ser carente y biológicamente insuficiente (Boff, 2022).

El segundo dado de la condición humana subyacente a las crisis es que el ser humano es simultáneamente sapiente y demente. Es decir, por un lado, el ser humano es sapiente, porque capaz de sapiencia e inteligencia; es un ser de sentimientos de amor, bondad, ternura, justa medida y cuidado por todo lo que existe y vive. Por otro lado, el ser humano puede ser simultáneamente y al mismo tiempo, demente, es decir, capaz de actos insanos, de odio, de discriminación, de arrogancia y hasta de eliminación de la vida. Podemos decir esto de otras formas: el ser humano es ser de luz y ser de sombra. Estas dimensiones pueden convivir juntas en la misma persona. Podemos decir también que el ser humano es portador de la dimensión *simbólica* – aquella que une – y, al mismo tiempo, portador de la dimensión *diabólica* – aquella que separa. Finalmente, podemos decir que en el ser humano coexisten pulsión de vida – *eros* – y pulsión de muerte – *thánatos* (Boff, 2022).

Según un dicho chino, dentro del ser humano hay una batalla entre dos lobos, uno malo y otro bueno. Todo depende del lobo al que alimentamos. Es decir, ¿estamos dando más espacio al lado sapiente, a la dimensión de luz, simbólica o; al contrario, dejamos que el lado demente, la dimensión de sombra, diabólica; conduzca la dirección de nuestras vidas? Por el aumento de la violencia contra la naturaleza, contra las minorías étnicas, contra las mujeres, por las mentiras y *fake news*, principalmente en el ámbito político, parece que hemos dado más alas a la dimensión demente, de sombra y diabólica. Es importante tener presente que ambas dimensiones coexisten juntas dentro del ser humano. Aun optando por el mejor lado, siempre nos acompañará también el peor lado.

Pensamos que algo de esta comprensión está presente en la parábola del trigo y la cizaña (Mt 13, 24-30). Ante la propuesta de los siervos de recoger la cizaña, el amo contestó: “dejad que ambas crezcan juntas”. En la parábola, lo que es determinante y distingue el trigo de la cizaña son los frutos producidos.

En busca de la justa medida, lo decisivo es elegir la opción fundamental por el lado de la luz, del bien, del amor; si queremos ser felices y vivir pacíficamente con los demás seres humanos y la Madre Tierra. Al mismo tiempo, es imperativo mantener contenida la dimensión contraria.

Por último, el tercer dado de nuestra naturaleza real es que el ser humano es naturalmente un ser de deseo. Deseamos tantas cosas, ¿verdad?: deseamos una salud mejor, un trabajo mejor, un salario mejor, una religión mejor, una iglesia mejor, una universidad mejor. Si observamos bien nos damos cuenta de que la estructura del deseo humano es ilimitada. Estamos siempre deseando y nunca estamos totalmente satisfechos. Un deseo realizado es apenas un medio para un deseo aún mayor. ¿Cuál es, pues, la naturaleza del deseo? Es no tener límite. Somos seres deseantes, diría Freud. El gran filósofo Aristóteles afirma que el ser humano tiene tanto deseo que desea ser inmortal (Boff, 2022). ¿A quiénes de ustedes no le gustaría vivir eternamente gozando de buena salud? Tenemos sed de eternidad.

Ahora bien, la cultura moderna no ha limitado el deseo y ha contribuido en la construcción de un proyecto de crecimiento ilimitado basado en la falsa presuposición de que la tierra tiene recursos ilimitados. Es decir, podemos tener siempre más, más y más. Quien no tiene, quiere tener; quien tiene quiere tener más; y quien tiene más dice que nunca es suficiente. Pero nuestro planeta Tierra es pequeño y finito. La tierra no aguanta un proyecto infinito (Boff, 2022).

Hoy en día, según los científicos, necesitamos de un planeta y medio para mantener el proyecto de crecimiento ilimitado. Es decir, para mantener nuestros deseos y, principalmente, el del 1% de población mundial que controla el 75% de todo lo que se produce en el mundo, es necesario uno planeta Tierra y medio. La Tierra ya no aguanta más este proyecto de crecimiento ilimitado y por esto responde con calentamiento global, virus, desastres naturales, etc. Es la manera como la Tierra reacciona contra la violencia (Boff, 2022).

Con lo anterior dicho, es evidente la necesidad de aprender a educar el deseo. No nacemos educados o determinados. Nuestro deseo tiene que ser autolimitado para que todos puedan satisfacer sus deseos y estar en armonía con el otro y con la naturaleza.

Causas históricas de la falta de justa medida entre ser humano y naturaleza

Hoy en día estamos en una guerra contra la Madre Tierra. Una guerra contra el suelo (con los agrotóxicos), contra las floras (desforestación) y una guerra contra el aire (polución). No tenemos ninguna oportunidad de ganar esta guerra porque la Tierra es mucho más fuerte que nosotros. Pero esta guerra no ha comenzado ahora. Hay por lo menos cuatro fases históricas de esta relación entre el ser humano y la naturaleza, que podemos denominarlas como: interacción, intervención, agresión y destrucción (Boff, 2022).

La falta de justa medida, la predominancia del lado demente y la codicia del deseo que hemos visto en la reflexión anterior viene del *hombre hábil*, hacia 2,4 millones de años. En la era geológica posterior surgió el *homo faber*, es decir, el hombre usuario de instrumentos y de herramientas. Utilizando estos instrumentos él adquirió un mayor acceso a los alimentos. El aumento del poder sobre la naturaleza llevó lentamente a la pérdida del sentido de la justa medida y de la autocontención.

Con la irrupción de la racionalidad, el ser humano comenzó a apoderarse más rápidamente de los bienes y servicios naturales. Delimitó los terrenos, creó cercos para separar lo que consideraba suyo de lo ajeno. Paso a paso, va a prevalecer la destrucción

sobre los equilibrios de la naturaleza y de la propia sociedad. Con esto aparecieron las desigualdades entre quien tenía más y menos poder. La tendencia de crecer siempre más fue potenciada cuando irrumpió el hombre moderno, llamado *sapiens sapiens*, hacia aproximadamente 100 mil años (Boff, 2022).

Pero, no siempre prosperó la agresión del ser humano en relación con la naturaleza. Hubo pueblos que supieron y saben mantenerse dentro de los límites, moderándose, limitándose y contentándose con lo que les da la naturaleza. Buscan un equilibrio dinámico entre lo que pueden extraer de la naturaleza y lo que deben dejar para que descanse, pudiendo regenerarse y mantener su biocapacidad para las presentes y futuras generaciones. Estos, en particular los pueblos andinos, realizaron y realizan el llamado *buen vivir*, conservando siempre la armonía y el justo equilibrio. Para la buena vida no hace falta que los demás tengan que vivir mal, como ocurre en nuestra cultura. Otros equilibran en la justa medida la economía con la preservación de los bienes a servicio de la naturaleza; una economía circular como, por ejemplo, entre los pueblos originarios (Boff, 2022).

En el siglo V a.C., de una manera que nunca se ha aclarado del todo, ocurrió un salto en el nivel de conciencia de los seres humanos, el llamado *tiempo eje*. Se produjo un hecho de grandes consecuencias posteriores: la irrupción de la razón crítica; es decir, un nivel de conocimiento que ya no se contenta con explicaciones tradicionales y convencionales, basadas en mitos y tradiciones, sino que busca ir más allá, buscando conocer racionalmente las causas y sus efectos, cómo funciona la naturaleza, cuáles son sus mecanismos, sus ritmos y sus leyes internas. Este conocimiento dio mucho más poder a los seres humanos. Pudieron interferir más profundamente en la naturaleza (Boff, 2022).

Este avance intelectual cobró particular fuerza en Grecia en el siglo V a.C. Fue tan profundo que influyó en todas las culturas del mundo hasta el día de hoy. Creó lo que se llama el paradigma occidental; es decir, una forma de utilizar la razón argumentativa, un conjunto de ideas, proyectos, visiones de la vida y del mundo, formas de organizar la sociedad, con nuevos hábitos y valores. Con la razón se forjaron instrumentos que facilitaron un mayor conocimiento y dominio de la naturaleza y que pudieron organizar la sociedad bajo un orden racional (Boff, 2022).

Precisamente en Grecia, que cultivó todas las virtudes de la contención, la justa medida y el equilibrio, el espíritu de expansión sin límites, la avidez por crear colonias y la codicia por extender los límites de su cultura y su influencia hasta donde pudieran llegar sus ejércitos y barcos. ¿Dónde estaba la medida correcta, el camino del medio, el óptimo relativo de ni demasiado ni demasiado poco, el equilibrio dinámico? Una nueva era comenzó y aún continúa (Boff, 2022).

Un ejemplo indudable de este punto de inflexión histórico, expresado en el desmedido afán de poder y la ruptura de todas las medidas, cruzó por la mente de un joven emperador, Alejandro Magno (356-323 a.C.). En su ambición desmedida logró una de las mayores hazañas militares de la historia conocida. Con tan solo 23 años fundó un imperio que se extendía desde el Adriático hasta el río Indo, en la India. La expansión ilimitada de su imperio tiene consecuencias. Se convirtió en demostración y símbolo de lo que estamos reflexionando: la ruptura imparable con todos y cada uno de los límites en el afán de dominar todo lo que se presenta al ser humano, especialmente al diferente, las

personas, los demás pueblos y la naturaleza. Desde entonces prevaleció la inconmensurable codicia de extraer de la naturaleza todas las riquezas y beneficios posibles, especialmente el oro, la plata, las maderas nobles y las especias (Boff, 2022).

La intervención en la naturaleza alcanzó su punto álgido en los siglos XVII y XVIII cuando se inventaron las máquinas (revolución industrial). Se empezó a explotar el carbón, minerales, etc. Se pasa de una intervención a la agresión a la naturaleza. Actualmente estamos en esta fase, la de la agresión. Ocupamos todos los espacios, explotamos todas las maderas, todos los minerales. Y todo esto, creando regiones devastadas en las que la flora ya no puede crecer, como por ejemplo en la Amazonía. Hemos llegado a una época extrema: no solo agresión a la naturaleza, también destrucción de la naturaleza. Es la última fase que estamos viviendo en los últimos 50 años, si tomamos como marco la Segunda Guerra Mundial (1945), en que empezó la gran industrialización en el mundo, con nuevas tecnologías y más agresiones a la naturaleza, más explotación de todo que la naturaleza da; destrucción de los suelos que antes eran fértiles y ahora están volviéndose desiertos. Para corregir esto estamos usando agrotóxicos, que corrigen, pero tienen el defecto de ser tóxicos; estos entran en los alimentos, en la soya, en la leche, en las verduras. Los comemos y nos contaminamos. Matan también los microorganismos que garantizan la fertilidad de la tierra. Los agrotóxicos bajan hasta el nivel freático y contaminan los ríos. Por lo tanto, estamos en una fase peligrosa de la destrucción de la Madre Tierra. Las señales de esta destrucción vienen de la misma tierra: virus y desastres naturales (Boff, 2022).

Conclusión

De las reflexiones propuestas, podemos decir que “si el peligro es grande, la posibilidad de salvación es aún mayor”. Según San Pablo "Donde abunda la desgracia, abunda aún más la gracia" (Rm 5,20). Fuimos creados creadores y por esto podemos recrearnos a nosotros mismos y la naturaleza. Es el momento de poner nuestro lado bueno en su lugar: la interdependencia entre todos, nuestra capacidad de amar, de solidaridad, de compasión, de perdón y de cuidado por todo lo que existe y vive (Boff, 2022).

Quiero concluir con un fragmento del poeta Erico Verissimos del poema “*Olhai os lírios do campo*”.

Si en ese momento un habitante de Marte cayera a la tierra, se habría asombrado al ver que, en un día tan maravillosamente hermoso y suave, con un sol tan dorado, los hombres, en su mayor parte, estaban enterrados en oficinas, talleres, fábricas... Y si a alguno de ellos le preguntaras: "Hombre, ¿por qué trabajas tan furiosamente durante todas las horas del sol?" - escucharía esta singular respuesta: "Para ganarse la vida". Y sin embargo la vida allí se ofrecía en milagrosa gratuidad. Los hombres estaban tan cegados por los deseos ambiciosos que ni siquiera la notaron. No con todos los logros de la inteligencia habían descubierto una manera de trabajar menos y vivir más. Estaban agitados en el mundo y no se conocían, no se amaban como deberían. La competencia los convirtió en enemigos. Y muchos siglos atrás habían crucificado a un profeta (Jesucristo) que había tratado de demostrarles que eran

hermanos y hermanas, sólo y siempre hermanos y hermanas (Verissimos, 2005, Traducción libre).

La justa medida es una utopía, pero una utopía necesaria. Significa que es un proyecto que nos colocamos y que procesualmente vamos realizando. Utopía de vivir una vida con medida en lo que hacemos, pensamos, deseamos y nos relacionamos. Como dijo Eduardo Galeano, la utopía nos hace caminar y caminando hacemos caminos y haciendo camino vamos a descubrir cuál es nuestro verdadero camino que nos lleva a la felicidad. La justa medida es una clave para nuestra felicidad, para nuestra serenidad, para nuestro equilibrio, para una vida que vale la pena vivir, sin exceso, ni de más ni de menos. Lo justo y necesario para todos. No solo para mí para todos los seres humanos y todos los seres de la naturaleza. Esto es la justa medida (Boff, 2022). Nunca dejemos de soñar. Porque los sueños son los que dan sentido a nuestra vida, proyectan utopías, mundos nuevos, a los que paulatinamente vamos a su encuentro y construimos en la medida que vamos caminando en su dirección. Caminando hacemos camino. Muchas gracias por la presencia y la paciencia.

Referencias

Boff, Leonardo. *O pescador ambicioso e o peixe encantado. A busca pela justa medida*. Vozes, 2022.

Chomsky, Noam. *Quem manda no mundo?* Crítica, 2017.

Chomsky, Noam; Pollin, Robert. *Crise Climática e o Green New Deal Global. A Economia Política Para Salvar o Planeta*. FisicalBook, 2019.

Verissimos, Erico. *Olhai os lírios do campo*. Companhias das Letas, 2005.